

IMRE KERTÉSZ

YO, OTRO
CRÓNICA DEL CAMBIO

TRADUCCIÓN DEL HÚNGARO
DE ADAN KOVACSICS

BARCELONA 2010



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Valaki más*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1997 by Imre Kertész
Published by permission of Rowohlt
Berlin Verlag GmbH, Berlin
© de la traducción, 2002 by Adan Kovacsics
© de esta edición, 2010 by Quaderns Crema S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda
de Translation Fund of the Hungarian Book Foundation

En la cubierta, fragmento de una obra de Nacho Guilera

ISBN: 978-84-92649-63-1
DEPÓSITO LEGAL: B. 31 961-2010

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN EN ESTA COLECCIÓN *noviembre de 2010*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Mil novecientos noventa y uno, otoño en la fría ribera del Danubio. El incipiente crepúsculo inundaba con el color acre de la manzana verde los palacios de la ribera de Pest, desgastados ya por tanta ostentosa mentira.

Todo duerme profundamente, inmóvil en mi interior. Remuevo mis sentimientos y pensamientos como una carga de alquitrán tibio.

¿Por qué me siento tan perdido? Porque estoy perdido, sin duda.

Todo es falso (por mí, a través de mí: mi existencia lo falsifica).

Si el vacío (mi vacío interior) provoca un sentimiento de culpa, tal vez me permita sacar conclusiones respecto a lo que es el origen. La angustia precedió a la Creación: el *horror vacui* es un hecho ético.

Ayer, en una sala pública—con ocasión de algo estúpidamente llamado congreso, con el título igualmente estúpido de Coexistencia Húngaro-judía—,

un caballero ya mayor se me acercó sin rodeos, con un rostro pastoso y deforme, con manchas considerables de pelo ralo que parecían las zonas raídas de un canapé de felpa: ni uno solo de sus rasgos me resultaba conocido. Para mi asombro, me abrazó sin mediar palabra y se presentó: era un amigo que llevaba treinta y cinco años sin verme. Vivía en el extranjero, dijo. Había oído de mí, leía mis libros. No entendía, dijo, mi «transformación». En aquel entonces no había percibido nada especial en mi persona, señaló, no había dado yo muestra alguna de mis «dotes superiores», por así decirlo. Me disculpé un poco por esta inesperada evolución mía, pero, a decir verdad, sus palabras me conmovieron. Siempre, y ahora no menos, había tendido a considerarme un «cualquiera», que en un sentido, sin embargo, no escatima ningún esfuerzo: en el sentido de mantener ante todo la lucidez. ¿Cuáles han sido mis «dotes superiores»? No obedecer a la única inspiración de este país: a la eterna tentación de los cantos de sirena que invitan al suicidio psíquico, intelectual y, finalmente, físico. Lo cual ya pone de manifiesto cierta vitalidad. No obstante, interpretar este mínimo avance como una victoria sería una enorme imprudencia o, es más, una falta absoluta de previsión. ¿Qué ha cambiado ahora con el «cambio» de régimen? ¿Ha dejado de existir la servidumbre? ¿Me han liberado de mí mismo? Lo único que ocurrió es

que me devolvieron la *conditio minima*, mi libertad personal... Aunque chirriando, se abrió la puerta de la celda en que me tuvieron detenido durante cuarenta años, y quizá esto fuera suficiente para confundirme. No se puede vivir la libertad allí donde hemos vivido nuestra esclavitud. Habría que marcharse a algún sitio, muy lejos de aquí. No lo haré.

Entonces tendría que renacer, transformarme... pero, ¿en quién, en qué?

Llueve. A la mesa de un café, un hombre explica algo a una mujer, algo inexplicable. Le gustaría abandonar los intentos de conseguir la felicidad, siempre abocados al fracaso. Se ha hartado de perseguir la felicidad por el laberinto de promesas que no conducen a nada. No es otra mujer, no, Dios me guarde. Es la libertad. Emerger a la superficie, salir del turbio remolino de las relaciones que se van sucediendo año tras año. Se ha aburrido de descubrir su propio descontento en cada relación. Vislumbra en su interior una breve e intensa vida creativa. La fidelidad, el cumplimiento desgastado de los deberes, son el fuego que alimenta la permanente depresión. Este fuego es frío como el hielo, aunque en su interior arde una intensa satisfacción. *Was wussten sie, wer er war.*¹ Nadie sabe quién es él, y lo único que él quiere es que

¹ Qué sabían ellos quién era él. (N. del T.)

lo dejen solo con su secreto. El rostro de la mujer mientras lo escucha. Ahora debería incorporarse, erigirse orgullosa y alejarse reprimiendo a duras penas el llanto. No se levanta. Entonces el hombre debería levantarse de un salto, besar fugazmente los ojos de la mujer y salir a toda prisa del café. No, no lo hace. Llama al camarero, paga. Se levantan al mismo tiempo. Por la ventana batida por la lluvia se los ve salir a la calle. El hombre abre un paraguas. Dan unos pasos juntos, la mujer se cuelga del brazo del hombre, y después de unos torpes intentos, ambos se ponen a caminar a compás. Por la puerta ha entrado una ligera corriente de aire que atraviesa el local como la risa fugaz de la vanidad.

Llueve. Antiguos dirigentes del partido aparecen en la televisión. «Creían» en el partido. «Creían» que se cometieron «errores», «fallos», pero «creían», por ejemplo, que «Stalin no sabía nada» de todo ello. Etcétera. No hay que pensar, sin embargo, que no confundieran estos lugares comunes con ciertos contenidos verdaderos, sus llamadas «creencias» con pensamientos o sentimientos verdaderos. La conclusión que puede sacarse es la siguiente: estos hombres basaron sus vidas en un falso uso del lenguaje. Y, lo que es peor, dieron a este mal uso del lenguaje el rango de un consenso válido para todos. Se marcharon y dejaron atrás a los lisiados del falso em-

pleo del lenguaje, obligados a recurrir ahora a los primeros auxilios morales, como si las palabras, que han perdido su valor debido al mal uso y que han quedado como trozos de papel deshilachados, hicieran aflorar de pronto sus heridas morales. Adondequiera que mire, crujen las prótesis morales, traquetean las muletas morales, transitan las sillas de ruedas morales. No es cuestión de que olviden una época como si fuera una pesadilla: pues la pesadilla eran ellos, deberían olvidarse de ellos mismos si quisieran vivir. De hecho, nadie ha investigado si es posible y si resulta atractivo volver a vivir después de una larga muerte. ¿Quién ha resucitado alguna vez, pero no para anunciar un milagro, sino con la mera intención de seguir viviendo, de seguir tirando básicamente por los mismos motivos que hasta entonces (o sea, por nada), y sin tomar conciencia siquiera de la vivencia de la resurrección? ¿Puede uno imaginar a Lázaro en el papel de Chaplin?

Aúlla el viento húmedo y erosivo de la tragedia. Se abre la tierra, se precipita el cielo. Los hombres se transforman de golpe, se derrumban, envejecen. El aliento del infierno les ha descolorido la cara. Caminan por las calles figuras blancas y grises, cadáveres. Metamorfosis del apocalipsis. En el Vérme-zó, al pasar por delante de la estatua de Béla Kun pintarrajeada con estrellas de David, comprendí de pronto que aquello que en mi juventud consideré

cobardía, estupidez, ceguera y, en el fondo, una variante inconcebiblemente tragicómica del suicidio era, en realidad, una forma de impotencia convertida en dignidad. Hay cierta dignidad en el hecho de ejecutar la orden asesina y de tolerar con indiferencia el ser señalado y sacrificado. Hay cierta generosidad en la comodidad, en la comodidad de la víctima. En cuanto a mí: yo ya intuyo que aguantaré en mi puesto, que a lo sumo se irá intensificando mi náusea. Una vida larga nos guarda cada vez más sorpresas, que nos deparamos a nosotros mismos.

«Hemos de aceptar nuestra existencia con la máxima amplitud posible»: Rilke. Kafka: «Tengo que estar solo mucho tiempo. Lo que he conseguido es únicamente consecuencia de la soledad.» Nietzsche: «El *pathos* de la distancia...»

¿Cuál es la vida correcta? Un eterno secreto (para mí).

Anoche traté de imaginar largo tiempo, con gran esfuerzo, mi no-existencia. La nada subjetiva. Percibía, por así decirlo, cómo me escabullía de mi cuerpo, pero allí concluía la aventura. Cuando dejo el envoltorio, desaparece también el contenido; todo acaba. Estoy atado a mi cuerpo de por vida; este lugar común resulta a veces casi inconcebible. Sería un error suponer que mi vida es mía. Pero un error todavía más grave sería abandonarla, estropearla,

echarla a perder. Esta vida me ha sido confiada. No pregunto por quién, puesto que conozco la respuesta y sé, por tanto, que la pregunta está mal planteada; sólo puedo fiarme de mi propia e indiscutible percepción de la responsabilidad (en cuanto única experiencia perceptible). Mantengo una relación de reciprocidad con mi vida. ¿El nombre de esta relación? Servidumbre. Hasta aquí todo bien. Pero, ¿qué partícula de esta vida fragmentada se refiere a sí misma con la palabra «yo»?

«Yo»: una ficción de la que a lo sumo somos coautores. «Yo es otro.» (Rimbaud).

«9-IV-1951. “¿Sabes o sólo crees que te llamas L. W.?” ¿Es ésta una pregunta con sentido?» (Ludwig Wittgenstein: *Sobre la certeza*).

¿Qué hacía yo el 9 de abril de 1951? ¿Hace cuarenta y un años y medio? Creo que trabajaba en la fábrica de metalurgia y maquinaria MÁVAG, en calidad de intelectual marginado. ¿Sabía o sólo creía que me llamaba I. K.?

Ni lo sabía ni lo creía. Simplemente obedecía cuando me llamaban por este nombre.

Siempre he odiado mi nombre. Lleva adherida demasiada infamia desde mi más temprana edad.

Para ser preciso: mi nombre me inspiraba miedo. Y ahora también lo temo un poquito.